

para aquel sitio con el fin de concertar entre los dos el medio mas decente y menos ruidoso de asegurar el lance, del qual (me decia él) que estaba pendiente su fortuna y tambien la mia. Pero en vano me cansaba yo en llamar á mi pobre alucinado esposo: no hizo caso de mis voces, ni de mis lágrimas, y me abandonó como á una muger infiel.

En el estado en que me hallaba (replicó Scipion volviendo á atar el hilo) era capaz de eso y de mucho mas. Los que han probado qué cosas son zelos, y las locuras en que precipitan á los hombres mas advertidos y mas cuerdos, no se admirarán de la turbacion que levantaron en mi débil y miserable cabeza. En un momento sucedieron dentro de mi corazon los movimientos del mas implacable odio á los terribísimos é impetuosos afectos de amor que un instante antes sentia por mi muger. Hice solemne juramento de abandonarla y de desterrarla para siempre jamas de mi memoria. Por otra parte, persuadido erradamente á que habia muerto á un caballero, y temeroso de caer en manos de la justicia, padecia aquel continuo pavoroso sobresalto que tiene en perpetua agitacion á los que han cometido algun delito. Viéndome en tan horrible situacion, solo pensé en ponerme en salvo; y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que lo que tenia á cuestas. Es verdad que por fortuna hallé en el bolsillo has-

ta

ta unos sesenta doblones: recurso no despreciable para un pobre mozo que tenia hecho el ánimo á no pasar de criado en toda la vida.

Caminé, ó por mejor decir corrí toda aquella noche, dándome extraordinario vigor la memoria de los alguaciles que incesantemente se representaban á la imaginacion siguiéndome á las espaldas. Amanecí entre Rodillos y Maqueda. Quando llegué á este último pueblo sintiéndome un poco fatigado entré en la Iglesia, que acababan de abrir, hice una breve oracion, y sentéme en un banco. Púseme á pensar en el estado en que me veía, el qual no me daba poco cuidado; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego sentí tres ó quatro chasquidos ó latigazos que me hicieron creer pasaba por allí algun alquilador ó calesero. Con efecto era así, porque movido de la curiosidad fuí á la puerta de la Iglesia, y ví á un alquilador montado en una mula, llevando de reata otras dos. Pára, amigo, pára, le grité. ¿A dónde van esas mulas de vacio? A Madrid, me respondió. En ellas vinieron dos Religiosos Dominicos á este pueblo, y ahora me vuelvo con las mismas de retorno.

Vínome la gana de ir á Madrid aprovechando esta ocasion. Ajustéme con el alquilador, monté en una de sus mulas, y partimos para Illescas, donde pensábamos dormir aquella noche.

Aun no bien habíamos salido de Maqueda, quan-



quando mi buen alquilador, hombre como de treinta y cinco años, comenzó á cantar Salmos, Himnos y Responsos esforzando la voz hasta desgañitarse. Empezó por el Invitatorio de los Maytines en el tono Gregoriano que se cantan en el corò; prosiguió con varios Salmos; pasó despues al Introito de la Misa, cantó el Gloria y el Credo como en las Misas solemnes. Dió principio á las Vísperas, y me espetó todos los Salmos de ellas, sin hacerme si quiera gracia del *Magnificat*. Aunque verdaderamente me aturdió las orejas, y me tenia medio atolondrado, no podia menos de reir á carcajada tendida, tanto que le estimulaba á que cantase quando él cesaba en su música para cobrar aliento. Animo, amigo, le decia, ánimo, y no lo dexes tan presto; ya que el Cielo te ha regalado con tan buenos pulmones, es lástima que no te aproveches de ellos, y mas usándolos como los usas en cosas tan buenas y tan santas. Oh, señor, me respondió, loado sea Dios, en nada me parezco á la mayor parte de los de mi oficio, que se diria no saben cantar sino canciones puercas ó lascivas. Yo jamas canto ni aun los romances sobre nuestras guerras y batallas con los Moros, porque son cosas á lo menos frívolas, quando no sean deshonestas. A la verdad, le dixé, eres de delicadísima conciencia, lo qual no es la cosa mas comun en alquiladores y caleseros. Pero dime la verdad: ¿siendo tan escrupuloso (y con mucha razon) en materia de can-

cio-

eiones, eres igualmente casto con las mozuelas bien parecidas que encuentras en los mesones y en las posadas? No lo dude Vmd., me respondió; de ninguna cosa me preció mas que de la continencia en esos sitios tan peligrosos; en ellos solo atiendo á cuidar de mi ganado. No quedé poco admirado de oír hablar con tanta religion y con tanta honestidad á aquel raro fénix de los alquiladores; túvele por buen Christiano y de buen entendimiento, tanto que volví á entablar conversacion con él luego que me acabó de cantar todo su breviario, y aun todo el misal entero.

Llegamos á Illescas hácia la entrada de la noche. Luego que nos apeámos en el meson dexé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena. Dióme palabra de hacerlo, y añadió: dispondré una cena tal que se acordará su merced de este meson, y de mí por todos los dias de su vida. Pregunte su merced á su alquilador quien soy yo. Desafiare á todos los mas celebrados cocineros de Madrid y de Toledo á que hagan una olla podrida mas sabrosa ni mas delicada que las que yo sé aderezar y componer. Esta noche le presentaré á su merced un conejo guisado de mi mano, y despues me dirá si he ponderado ó no quando he alabado tanto mi habilidad. Dicho esto me mostró en una cazuela un conejo dividido ya en proporcionados trozos. Esta es, añadió,



dió, la cena que pienso dar á su merced despues que le haya guisado, echándole un poco de pimienta, sal, vino y ciertas yerbecitas olorosas y otros ingredientes y especias que yo sé, y dan gran saynete á mis guisados. Espero servir á su merced un plato que sin vergüenza se pudiera presentar aunque fuese mesmamente á un señor Canónigo.

Hecho este elogio comenzó el mesonero á disponer la cena. Mientras tanto yo me entré en una sala y me eché en un colchon que habia allí, donde luego me quedé dormido por no haber descansado nada la noche antecedente. Pasadas dos buenas horas me vino á despertar el alquilador, diciendo: señor, venga Vmd. á cenar si gusta. Estaba aparejada en la sala una mesa con dos solos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo. Apenas me senté quando me tiré á la cazuela con una ansia que parecía no haber comido bocado en muchos días; probé el guisado y le hallé delicadísimo y de excelente gusto, ya fuese porque el apetito me le representaba tal, ó ya por el saynete que verdaderamente le daban los exquisitos ingredientes del mesonero. Observé no obstante que mi compañero ni siquiera le probó, y que solamente hizo el honor al segundo plato, que era de carnero asado. ¿Preguntéle por qué no habia tocado al otro, siendo así que era exquisito? Y él me respondió medio riéndose, que no gustaba de guisotes. Así la respuesta como la risita me hi-

cie-

cieron sospechar que habia algun misterio. Apúrele para que me dixese la verdad, y él me respondió: ya que Vmd. la desea saber, le diré con ingenuidad que no puedo ver estos guisados, porque temo que me arañen y me agujereen las tripas, despues del lance que me sucedió caminando á Cuenca desde Toledo, en cuyo viage dormí en un meson donde me dieron por cena un gato vendiéndome por un regalado conejo, y desde entonces no puedo arrostrar estos malditos guisados.

Apenas oí esto quando de repente se me fue todo el apetito en medio de la hambre que me roía las entrañas. Dí por asentado que me habia engullido un gatazo, y comenzó á revolverse me el estómago, de manera que con solo mirar á la cazuela me venia gana de vomitar. El harriero, lejos de desvanecerme ó disminuirme aquella aprehension, me la confirmó mas y mas, diciéndome, que aquella especie de *quid pro quo*, esto, de dar gato por liebre, era muy frecuente en mesones y pastelerías: discurso que como Vmds. pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó toda la gana, no ya de volver á probar el guisote mas ni siquiera de mirar el asado. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al meson y al mesonero; volvíme á tender sobre el colchon, y pasé la noche con mas quietud de la que podia esperar. El dia siguiente me levanté al amanecer, pagué al mesonero mucho mas



de lo que merecia lo que me habia regalado, y salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en lo que me habia sucedido, que me parecian gatos todos los animales que se me ponian delante.

Entramos en Madrid no muy tarde, y pagué á mi alquilador despues de haberme apeado en una posada muy decente en la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban bastantemente acostumbrados al gran mundo, no dexó de hacerme novedad y de causarme admiracion la vista de tantos señores y de tanta grandeza, particularmente en los barrios inmediatos al Palacio del Rey. Pasmóme el prodigioso número de coches y la gran multitud de Gentiles-hombres, de pages y de lacayos que iban sirviendo á los Grandes. Subió á lo sumo mi admiracion quando habiendo tenido modo de ver comer al Rey, ví á este Monarca rodeado de Cortesanos y Señores. Quedé absolutamente encantado á vista de tal espectáculo; y dixé para conmigo, ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la Corte para hacer concepto cabal de su magnificencia. Celebré infinito la fortuna de haberla visto, y aun sentí dentro mí no sé que secretos prenuncios de que quizá algun día haria yo tambien en ella mí poco de papel. Pero al cabo no hice otro que el de introducirme y hacer algunos conocimientos inútiles. Poco á poco fui gastando todo mi dinero, y me hallé en estado tal que me tuve por muy dicho-

so en haberme acomodado con un pedante de Salamanca que se hallaba en la Corte, donde habia nacido, á negocios de familia, y yo le conocí casualmente. Llegué con el tiempo á ser sus pies y sus manos, tanto que quando se restituyó á su Universidad me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Piña este mi nuevo amo. El mismo se tomó el *Don* por haber sido ayo y maestro de no sé que Duque, el qual acabada su educacion le había dexado una mediana renta: gozaba otra por Catedrático jubilado de la Universidad, y ademas de eso le valian cinquenta ó cien doblones los libros dogmáticos y de moral que daba á la estampa cada año. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Ocupaba todo el día en leer autores Hebreos, Griegos, y Latinos; escribia en medias quartillas de papel todos los apotegmas, sentencias y dichos agudos que encontraba en ellos; conforme iba llenando las quartillas las iba enhebrando en un largo alambre, como regularmente lo hacen los boticarios con las recetas fiadas que van despachando. Quando ya habia ensartado el papel que le parecia bastante para formar un grueso tomo, dábalos luego á la imprenta, y de esta manera, ¡válgame Dios y con cuántos malos libros regalábamos al público! Apenas se pasaba mes alguno sin dar á luz algun tomo: sudaba y gemia la prensa, y el bolsillo de mi amo se alegraba.



Lo mas admirable era que todos aquellos centones y antiquísimos farragos pasaban por cosas nuevas y exquisitas. Si algun crítico avinagrado no lo podía sufrir, y hacia ver al público y al mismo autor, que era un mero compilador y un miserable plagiario, él se quedaba muy fresco y solo respondia con grandísimo descaro: *furto letamur in ipso.*

Fuera de eso era un furiosísimo comentador, es decir, un moledor pesadísimo, porque hacia largos y muy ridículos comentarios sobre las cosas mas frívolas y mas valadíes, que tanto importaba ignorarlas como saberlas, cargándolos de notas inutilísimas atestadas de una erudicion pedantesca. Y como llenaba sus cartapacios de pasages de Hesiodo y de otros autores antiguos, aunque por lo comun malísimamente traídos, no dexaba yo de aprovechar en casa de este sábio. A la verdad seria ingratitud negarlo; pues á lo menos á fuerza de copiar sus quadernos me perfeccioné en la letra, y poco á poco fuí aprendiendo á escribir decentemente, considerándome no ya como su criado sino como discípulo suyo; y mas quando él mismo ilustraba mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á entender que algun otro criado habia hecho alguna picardía, Scipion (me decia) guárdate bien, hijo mio, de hacer lo que ha hecho este bribon; un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo y mirar con horror la pereza. En una pa-

palabra, no perdía ocasion Don Ignacio de exhortarme á la virtud, y sus palabras me hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví no tuve ni la mas mínima tentacion de jugarle alguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la menor picardigüela.

Ya dexo advertido que el Doctor Piña era oriundo de Madrid, donde tambien habia nacido. Tenia una parienta que se llamaba Catalina, y era criada de la ama que habia criado al Príncipe de Asturias. La tal parienta, que fue la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, empeñó á su ama para que le solicitase algun Beneficio con el Duque de Melar. El Ministro lo hizo Arcediano de Granada, porque habiendo sido aquel Reyno conquistado, todas las Prebendas son del Patronato Real, y á nombramiento del Rey. Luego que tuvimos esta noticia partimos á la Corte, porque quiso el Doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á tomar posesion de su Arcedianato. Con esta ocasion las tuve freqüentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor, y de mi desembarazo. A mí no me gustó menos la mozuela, y tanto que no pude dexar de corresponder á ciertas contraseñas de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion nos enamoramos uno de otro. Perdóname, Beatriz ama-



amada; como á la sazón te tenía por infiel, es muy perdonable aquel yerro mio.

Mientras tanto el Doctor Don Ignacio se iba disponiendo para partir á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas oprimido del mundo. Mi amo mandó venir prontamente á un Doctor, de lo qual me estremecí temiendo descubriese la trampa, pero me engañé: pues habiéndome pulsado, arrojando los ojos, y acompañando esta muda pero significativa expresion con otros gestos enfáticos, me dixo boniticamente, y como si estuviera de acuerdo conmigo, que bien observados los síntomas hallaba ser mi enfermedad mas sería de lo que parecia, y que verosimilmente no me levantaria tan presto de la cama. Como el Doctor estaba impaciente por presentarse quanto antes en su Catedral, no tuvo por conveniente diferir mas su viage, y así tomó otro criado para que le sirviese en él; entregóme á un enfermero, y me dexó algunos pesos para pagar mi entierro si moria, ó por gratificacion de mis servicios si escapaba con vida.

Luego que Don Ignacio partió para Granada, me hallé libre de todos mis males. Levantéme, despedí al Médico que habia dado tanta prueba de su gran penetracion, y me deshice del

del enfermero, el qual se habia ya engullido la mitad de lo que el amo me habia dexado. Mientras yo estaba representando mi papel, Catalina hacia otro muy diferente con su ama Doña Ana de Guevara. Dióla á entender que yo era un hombre de gran talento para manejar qualquier asunto que pidiese arte y destreza. Tenia la tal señora algun gusto y apego al dinero, y por consiguiente era muy dada á todos los manejos que sin deshonor lo pudiesen producir, para lo qual tenía necesidad de criados, y confidentes como yo. Así que tardé poco en hacer las pruebas de mi habilidad. Encargóme algunas comisiones delicadas que pedian actividad y maña, las que sin vanidad puedo asegurar que desempeñé á su satisfaccion, por lo que quedó tan contenta de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan avara que nada me tocaba de lo mucho que la producian mis manipulaciones y mi industria. Parecía que solo con pagarme puntual y exáctamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa á no haberme detenido en ella la inclinacion á Catalina, la qual inflamándose cada dia mas y mas me propuso finalmente un dia que nos casásemos.

Poco á poco (la respondí) querida mia, esta ceremonia (y quédese esto entre los dos) no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovenci-



ta que te previno, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso (replicó Catalina) ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesantemente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano la hice mil protestas de que la decia la pura verdad: no hubo forma de creerme, y pareciéndola que mi sincera confesion era un embusterísimo pretexto, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero refriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó nuestro trato en los precisos términos que no se podian negar á la crianza y al bien parecer.

Hallábame en este estado quando supe que el señor Gil Blas de Santillana, Secretario del primer Ministro del Rey Católico de las Españas, se hallaba á la sazón sin lacayo. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El señor de Santillana, me dixerón, es un caballero de gran mérito, un mozo sumamente querido y estimado del Duque de Melar, á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna: ademas de eso es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios no dudas que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion, presentéme al señor Gil Blas, por quien sentia acá dentro de mí no se que secreta inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su servicio,

y

y no dudé un punto abandonar por él la casa de la señora Doña Ana, esperando en Dios que este señor será el último de mis amos.

Así concluyó su historia el buen Scipion, y volviéndose despues á mí me habló en estos términos: señor de Santillana, hágame V. S. el favor de atestiguar á estas damas como V. S. siempre me ha experimentado criado fiel, y lleno de zelo á su mayor servicio. He menester este testimonio para persuadirlas que el hijo de la Cusculina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon, y en sus operaciones virtuosos y honrados pensamientos.

Sí, señoras, dixé yo entonces. Así es como lo dice Scipion, y así lo testifico yo sobre la fé de mi palabra y de mi honor. Si en su niñez, y aun en su primera juventud, hizo algunas picardias, se enmendó tanto despues que verdaderamente se le puede llamar exemplar y modelo de un perfecto servidor. Lejos de tener nada de que quejarme ni que reprehender en la conducta que ha tenido desde que está en mi casa, debo confesar por el contrario que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al Alcazar de Segovia libertó mi casa del pillage, y puso en seguridad una parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber atendido á la conservacion de mis



bienes, quiso por puro amor encerrarse conmigo, prefiriendo al placer de la libertad el triste consuelo de hacerme compañía en mis trabajos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

AVEN-

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*Del mayor gusto que Gil Blas tuvo en su vida, y del funesto accidente que le turbó. Novedades sucedidas en la Corte, que fueron causa de que Gil Blas volviese á ella.*

Ya dexamos dicho que Antonia y Beatriz se acordaban admirablemente las dos; la una acostumbrada siempre á obedecer como criada, y la otra comenzando á acostumbrarse á mandar y disponer como ama. Scipion y yo éramos dos maridos condescendientes, y muy amados de nuestras mugeres, lo que nos daba bien fundadas esperanzas de que uno y otro tardariamos poco tiempo en ser padres. Con efecto fue así, porque ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo. Beatriz fue la primera que parió y dió á luz una bellissima niña; siguióla Antonia poco despues llenándonos de alegría con un niño no

x 2

me-